

DE TODO LO RISIBLE Y LO INSUFRIBLE

Crítica acompañada a “De todo lo visible y lo invisible”, de Lucía Etxebarria

A ser sincero, debo decir que, contra todos los principios de la crítica, afronté la novela de Lucía Etxebarria: “De todo lo visible y lo invisible”, con cierta prevención. En primer lugar, porque aún guardaba cierto disgusto de la única (y suficiente) lectura que había hecho hasta entonces de la autora: su deslavazado e infantil, cuanto vendido y cinematografiado libro, “Amor, curiosidad, Prozac y dudas”. En segundo lugar, porque cierta compañera mía de la oficina hacía ya varios meses que paseaba esta nueva novela, “De todo lo visible y lo invisible”, por vagones de metro y trenes de cercanías sin que yo, extrañado, viera ninguna progresión en el avance del marcapáginas. Después de varios meses, como digo, éste apenas si había alcanzado la mitad del tomo, con lo cual iba camino de superar el récord de año y medio establecido por “Los pilares de la Tierra”. Le pregunté entonces a esta compañera por el libro de Etxebarria y su respuesta fue, contra todo pronóstico: “A mí me está gustando”; como si fuera una especie de lento proceso de inoculación o una suerte de esforzado intento por dejar de fumar. Con todo lo cual, esos recuerdos y estas recomendaciones, no es de extrañar que, llegada la hora de tomar en mis manos el libro y a las puertas del momento decisivo de abrirlo y comenzar a leer, me colgara del cuello esa chapita que había conservado de la mili, donde se informa de mi nombre, fecha de nacimiento y grupo sanguíneo. Ello para caso de que resultara muy perjudicado en el accidente y tuviera que necesitar de una transfusión.

En “De todo lo visible y lo invisible” se nos cuenta la historia de un joven bilbaíno, estudiante en Deusto y enamorado de Espido Freire (la misma, sí, que viste y camina con los pies atados para conseguir distinción), el cual, al no ser correspondido amorosamente por la lánguida melocotonera, quien le tacha, entre otras cosas, de pedante, plasta y cursi (¡por San Peroncio bendito, cómo se supone que había de comportarse el individuo para que Espidín le tildase de cursi!), ante este rechazo, iba diciendo, decide hacerse novio de una niña pija de Bilbao. Pero picado, no obstante, por el gusanillo de la poesía, no deja de enviar sus composiciones y de dar la brasa a varios escritores de relumbrón, hasta que, cual segundo De Prada, logra ser patrocinado por Francisco Umbral. Al arrimo, en efecto, del Bufandas, consigue el protagonista de la novela introducirse en el alterne literario y el petarderío cultural. Lo que no nos refiere Lucía es si a su personaje le ocurrió lo mismo que al zamorano, esto es, que por la proximidad con aquella conspicua lumbrera que transforma en fatuidad y palabrería todo cuanto toca, se llegó a convertir en un tiempo asombrosamente rápido, casi a ojos vista, en un escritor caduco y de anteayer. Sí nos cuenta, sin embargo, que merced a su amistad con dicho Umbral y con cierto crítico llamado Indalecio Echevarría, el protagonista de la novela pronto llega a obtener no una condena por asociación ilícita y delitos contra la salud pública, como sería lo esperable, sino el prestigioso premio de poesía Adonais. Como resultado de ellos es, a partir de entonces, tenido en muy alta estima por la crítica, aunque no así por el público.

En este punto del relato, recién ganado el Adonais, es cuando el joven bilbaíno se topa con

ella, la protagonista, una directora de cine a quien le pasa exactamente lo contrario que a él, es decir, que sus películas, si bien son muy alabadas por el público, no gozan de la menor consideración para la crítica. Son, aún más, despreciadas por sistema, perseguidas como con rabia, denostadas a la mínima ocasión, ella mismo es objeto de, diríase, una campaña orquestada de insulto y pitorreo. Vamos, que por lo que cabe deducir de esto, y de otras pistas que, a lo largo del relato, la autora va dejando caer, tal personaje no es ni más ni menos que un trasunto de ella misma, de Lucía Etxebarria. Una vez establecido lo cual, y sabiendo ya que todos los lectores, quiérase o no, van a identificarla con su protagonista, Lucía aprovecha la ocasión para componer un personaje acorde, mucho nos tememos, a la importancia que ella se da a sí misma. Así, se trata de una mujer despampanante, bellísima, sensual, que va causando admiración por donde pasa; además de esto, se encuentra adornada con todas las virtudes: es alegre, inteligente, independiente, sensible, tierna, enrollada en la ocasión, temperamental y de fuerte carácter cuando hay que serlo... en fin, divina. Podrá alegrarse a esto que Lucía ha introducido ciertas características diferenciadoras en el retrato, como es, por ejemplo, que su personaje tenga pecas y sea pelirroja, cuando ella no, o que Ruth, como se llama la protagonista, se dedicara en cierto momento de su vida a la prostitución (de lujo, eso sí) cuando la autora ni lo sabemos ni nos importa. Lo que es seguro es que, en una novela como ésta, basada en último extremo en la identificación de personajes y situaciones, y en donde es inevitable el establecimiento de paralelismos, la autora debería haber usado un poco más del pudor, el humor, la inteligencia, y un poco menos del infantilismo y la autoestima a la hora de retratarse.

El caso es que estos dos personajes se encuentran y, como cabía esperar, surge el flechazo. Comienza así una relación de amor entre ellos, pero, por una parte, las intromisiones del crítico Indalecio, empeñado en fastidiar a la joven por el simple hecho de ser famosa, y por otra la envidia cochina que, en el fondo, siente el enamorado hacia los éxitos y la proyección internacional de su enamorada, todo ello provoca que muy pronto esta relación se desvirtúe y derive hacia el odio. Tras una serie de maltratos físicos, psíquicos y literarios, la tirantez llega a su momento cumbre cuando, una noche, la protagonista le arrea al protagonista repetidos golpes en la cabeza con un botellín de Mahou (pag. 344). A consecuencia de ello, la relación queda hecha añicos. Cada uno tira por su lado y, cada quien a su manera, ambos tratan de acercar la desgracia al lector (él por medio de una novela, ella, según nos dice Lucía en la página 417, "mediante una extraña alquimia que fue capaz de convertir el dolor en arte", hizo una película titulada precisamente *De todo lo visible y lo invisible*). Como asimismo cabía suponer, ésta resultó ser un éxito de público y un fracaso de crítica; aquélla todo lo contrario. De este modo es como, a grandes rasgos, concluye la historia.

Una historia en cuyo desarrollo Lucía ha ido mostrando todas sus carencias. En primer lugar, los personajes se encuentran mostrencamente contruidos, en virtud de un simplón, maniqueista e interesado contraste de caracteres. Ella, la favorita del público, es, como ya se ha visto, alegre, espontánea, vivaracha, cosmopolita y liberal; él, el elegido de la crítica, es taimado, ladino, manipulador, rancio y lleno de prejuicios. Otro de los defectos de la autora en la creación de los personajes es su cargante, y

a veces pareciera que enfermizo, egocentrismo: así, de los comportamientos, pensamientos, pareceres, gustos, caprichos, y, en general, de cuanto a ella, la encarnación literaria de la Etxebarria, afecta, nos da noticia por extenso y exhaustivo; el personaje de él nos lo presenta, sin embargo, un tanto más difuminado y esquemático. Ya esperar, de la ególatra pluma de esta mujer, sutilezas como terceros personajes sería lo mismo que pedir besugo a un telepizza. Flagrantemente desaprovechado está, por ejemplo, el personaje de Biotza, la niña pija de Bilbao y novia formal del protagonista. Cual maniquí de grandes almacenes, es empleada solamente para referirnos la marca de ropa que usa; y su reacción, llegada la hora de la ruptura definitiva con su novio, es para arrojar el libro al suelo y no tocarlo hasta la llegada de un agente judicial. Juzgue el lector si no (pag. 285): “se lo tomó a la tremenda, como se toman estas cosas las señoritas de Bilbao, y dijo y repitió que lo suyo se había terminado para siempre y poco le faltó para exigir, como en la canción, la devolución del rosario de su madre”. Esto, no digo ya literatura, ni siquiera llega a la categoría de sandez.

De parecido modo, las escenas, situaciones y ambientación, en general, de la novela demuestran, si acaso lo desaliñado de la redacción dejara alguna duda, que Lucía no es, ni tiene pinta de llegar a ser, una escritora de primera fila (literariamente hablando), por la sencilla razón de que todo en este libro está tomado de segundas. En ningún momento la autora extrae sus materiales directamente de la calle, en ningún momento se muestra auténtica, genuina (para mejor o para peor) ni parece andar en la búsqueda de una voz y un mundo propios; antes bien, se diría que todo en esta novela ha sido recolectado a boleto de libros (malos), películas (de moda) y series de televisión. En todo caso, de algo ya narrado. Lo que ocurre con Lucía es que, por suerte o por tino, ha sabido colocarse en ese punto donde los fundamentos de sus novelas (como las dos hermanas, una díscola y traviesa y la otra seria ama de casa, que en el fondo se envidian; como el homosexual enamorado en secreto de su más íntima amiga; como el progenitor estricto y de gesto hosco que desapruueba las locuras de la juventud) repelen ya por lo tópico y remanido a los lectores con algún criterio, pero aún no han llegado a fatigar al común de los consumidores de bestsellers. Se trata de ese punto intermedio donde los clichés todavía se llaman, eufemísticamente, “referentes generacionales”. Pero, precisamente como punto intermedio, llegará el día en que hasta el menos exquisito de los lectores rechace una novela de este estilo por obsoleta, desfada y más vista que las peleas de chinos en un almacén. Está claro también que Lucía, de un modo u otro, es consciente de su contingencia como escritora; no a otro motivo cabe achacar su obsesión por la crítica y el que ora suplique, ora reivindique, ora exija un reconocimiento. No es normal, ni lógico, desde luego, que una autora con 200.000 lectores afronte con el histerismo con que ella lo hace, en esta novela y en cientos de declaraciones, una mala crítica, salvo que intuya hasta qué punto sus pies son de barro, su público de circunstancias, y este procurando conseguir cuanto antes una posición segura.

A pesar de todo, esta novela no alcanza ni siquiera el nivel de un ajuste de cuentas; se queda en simple rabieta de niña malcriada. En un principio, Lucía se nos presenta como mera víctima de esa fama mediática que la envuelve y que, según ella, es lo que finalmente decanta a la crítica en su contra. Lo que no saben los críticos (y ella nos cuenta en pag. 121 y siguientes) es que toda

esa fama le ha sobrevenido sin querer. ¿Qué culpa tenga yo (viene a preguntarnos) de ser tan maja y de que a mi alrededor se congreguen los fotógrafos y de que tenga ofertas de todos los programas de televisión y de que vengan a suplicarme de rodillas que me presente a los premios para salvar su prestigio? En realidad, nos confiesa a renglón seguido, a ella toda esa fama le repugna, tanto así que, colocada al borde de la depresión, muchas veces ha pensado que “la vida no merecía la pena vivirse” (bien podía haber llegado a la conclusión de que no merecía la pena contarse, y eso que hubiéramos salido ganando todos, pero en fin). Lo chocante es que, después de haberse arrojado la autora de esta manera a los pies de la crítica, compungida y llorosa, suplicando su solidaridad y conmiseración, páginas más adelante (296) retome el asunto de la fama para decirnos, con la cabeza erguida y el pelo al viento en esta ocasión, que aquí lo que hay es mucha envidia, que “los grandes creadores avant garde nunca han recibido buenas críticas en sus comienzos” y que, en el fondo de todo, se esconde “el tradicional desprecio social a la mujer independiente o que trabaja”. Lo cual, se mire por donde se mire, es demasiado.

En primer lugar, que Lucía se califique de artista de vanguardia es para echarse las manos a la cabeza y que, como consecuencia de ello, el libro caiga por el inodoro. Veamos, en prueba de este “vanguardismo”, aquella escena (pag. 137) crucial de la novela en que los dos protagonistas proceden a darse el primer beso (momento vetusto y folletinesco donde los haya). Dice entonces Lucía, la rompedora de moldes, que “toda el alma (de Ruth) estaba concentrada en esta tímida ofrenda de los labios”. Aquí demuestra seguir la estela de la gran renovadora de la literatura Corín Tellado. Diecisiete líneas más adelante: “Extrañas luciérnagas zumbaban de pronto por la mente feliz de Ruth”. Aquí se apunta a la estética revolucionaria de Barbara Cartland. “Ya estaba unida a Juan como el zorro al cepo”. Aquí a la de Sor Ye-ye. ¿O es que acaso se califica de vanguardista por los repetitivos, pesados y elementales caligramas que de vez en cuando emplea en oligofrénica imitación de Guillaume Apollinaire? Respecto a aquello de su feminismo desbordado, del que ella tan a menudo hace gala, veamos estos ejemplos demostrativos de su compromiso, de la virulencia pero al mismo tiempo seriedad con la que Lucía ha abrazado la causa de la mujer: pag 56: “ambos se negaban a ocupar el primer turno: Juan porque se consideraba un caballero (...); Ruth porque se consideraba feminista y jamás permitiría que un hombre le cediese el primer puesto así porque sí”. O éste de la página 134: Ruth escribe una carta y la concluye así: “Hasta el jueves, si diosa quiere (porque) no aceptaba la existencia de un dios masculino”. Al lado de Lucía, como puede ver el lector, Simone de Beauvoir o Betty Friedan son Caperucita Roja.

Lo más significativo de la autora es, sin embargo, que a lo largo de toda la novela sea incapaz de mantener una postura firme o desarrollar un pensamiento coherente. Lo vimos en el caso de la fama, sin olvidar que cuánto malo pueda decir de ella al final se ve desmentido por el hecho de que sea, precisamente, el éxito mediático lo que, a modo de torpe moraleja, subraye al término de la novela el triunfo de la buena sobre el malo. Podemos apreciar también estas incongruencias en el hecho de que los comportamientos de los personajes de esta novela son tratados muy a menudo por la autora desde un punto de vista cercano al psicoanálisis, con constantes referencias a Freud y con el hecho (vanguardista, sin duda) de que sea, finalmente, un psicólogo ex machina quien aparezca para poner orden, dar

explicaciones y encauzar la novela hacia su final feliz. Pues bien, junto a este “cientifismo” (que más parece, a decir verdad, producto de una afición momentánea de la autora por estos temas que de un estudio serio y concienzudo), Lucía recurre otras tantas veces, y en tono de chufra, a un, como ella le llama, psicólogo asesor o psiquiatra de guardia, que por la propia simpleza y perogrullez de sus observaciones pone en tela de juicio todo cuanto antes y después se va a exponer en tono (presuntamente) serio. Este absurdo sabotaje desde dentro no obedece, como quisiera hacernos creer Lucía, a una posible pauta vanguardista, sino a la propia incapacidad de la escritora y a su falta de juicio y de autocrítica. Pues es común en Lucía confundir espontaneidad con inconsciencia, desparpajo con insensatez, frescura con banalidad, desenvoltura con descerebramiento, y tener confianza en uno mismo con estar pagado de sí. Así, el lector ha de soportar, entre el estupor y la vergüenza ajena, un constante bombardeo de construcciones torponas, comparaciones ridículas, observaciones pueriles, reflexiones sin sustancia, o capítulos como aquel (pag. 252) en que la protagonista intenta suicidarse y Lucía nos cuenta, en tono tal que misterioso, como su mente abandona su cuerpo y entra por una especie de túnel de luz blanca, tan ñoños, que uno se siente trasladado de pronto al medio de un corro de colegialas monjiles, con sus faldas tableadas, sus libros abrazados al pecho y sus pompas de chicle, oyendo conversaciones sobre trapitos, sobre chicos y sobre tocamientos. Porque esto y no otra cosa es Lucía Etxebarria (como la Grandes, como la Montero, como la Espido y como tantas otras más): la chica lista y algo frescales del colegio de las Clarisas que hace novelas y sale en la tele, y a la que leen con arrobamiento sus compañeras y ex-profesores; la niña de buena familia y educación esmerada que, por más que fornie en sus novelas al estilo perro, se extasíe ante un culo orondo o diga tacos sin persignarse luego, no deja de ser una colegiala pazguata recién llegada de unas convivencias.

Aducirá Lucía a todo esto, como tiene por costumbre, que lo desfavorable de esta crítica se debe al hecho de que somos malos (por malignos) y españoles, ya que en países como Francia, Alemania o Inglaterra sus novelas son muy leídas y harto elogiadas. Cosa de la que no dudamos, ni mucho menos, pero ocurre que tampoco vemos en ello ningún principio de autoridad. Tal vez, hace treinta años, cuando los españoles éramos víctimas de un sentimiento tan proverbial cuanto provinciano de inferioridad respecto a lo europeo, tuviera este alegato algún sentido coercitivo; a día de hoy, cuando podemos contemplar en la playa a cualquier Otto derrengado al sol, rojo como un tomate, con las sandalias puestas sobre los calcetines negros, con la barriga desbordándosele por ambos lados del minúsculo bañador de lycra, mientras se echa una sonora siesta punteada a cada cierto rato por graves regüeldos y algún que otro cuesco; o cuando nos sentamos en el vagón del metro junto a una Jacqueline cualquiera, cuyo pesado olor a perfume apenas si acierta a disimular el agrio tufo de sus sobacos, la verdad sea dicha no acertamos a comprender porque el presunto éxito de la Etxebarria entre alemanes, franceses e ingleses, así en general como lo presenta ella, haya de ser motivo suficiente para dudar de nuestro mejor o peor criterio y convertirse en argumento definitivo que nos obligue a cerrar el pico. Antes, como dice Quevedo:

¡Con cuánta majestad llena la mano / la pica, y el mosquete carga al hombro/ del que se atreve a ser buen castellano! / Con asco, entre las otras gentes, nombro / al que de su persona, sin decoro /

más quiere nota dar, que dar asombro.

Clandestino Menéndez